

Emilio Alarcos Llorach (1922-1998)

LUIS GONZÁLEZ GARCÍA
Universidade da Coruña

En la madrugada del 26 de enero de 1998 murió en su domicilio ovetense D. Emilio Alarcos Llorach. La dolorosa noticia conmocionó a amplios sectores de la sociedad española pues, no en balde, E. Alarcos era uno de los pocos lingüistas conocidos, y respetados, más allá del limitado ámbito de quienes nos dedicamos a los estudios filológicos y literarios. Especialmente fue sentida en Oviedo, cuya Universidad decretó dos días de luto, y en todo el Principado de Asturias, de donde era hijo adoptivo e hijo predilecto.

D. Emilio Alarcos era un infatigable trabajador de las letras. Sus obras, su labor docente e investigadora, desarrolladas ininterrumpidamente desde hace cincuenta años, dicen más que cuanto se pueda escribir sobre él ahora que nos falta. Sirvan, pues, estas líneas simplemente de sentido homenaje a quien ha sido maestro de muchas generaciones de filólogos.

Como resultado de esa ingente actividad y, sin duda también, de sus cualidades personales, recibió a lo largo de su vida importantes premios y muestras de reconocimiento: la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio (1987), el Premio Castilla y León de las Letras (1993), el Premio Ramón Menéndez Pidal de Investigación Humanística y Científico-social (1995), el Premio Asturias (1996) y en varias ocasiones quedó finalista del Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades. En el ámbito universitario, con motivo de los veinticinco años de docencia en la Universidad de Oviedo, su Junta de Gobierno decidió la publicación de una importante y voluminosa —cinco tomos— miscelánea en su honor (*Estudios ofrecidos a E. Alarcos Llorach*, Oviedo, 1976-78). Asimismo, fue investido doctor "honoris causa" por las universidades de Salamanca, Valladolid, León, Valencia y del País Vasco (ésta última a título póstumo). Fue presidente de la Sociedad Española de Lingüística y de la Asociación de Historia de la Lengua Española, y miembro de la Hispanic Society of America, del Instituto de Estudios Asturianos, de la Academia de Buenas Letras de Barcelona y, desde 1972, de la Real Academia Española.

E. Alarcos nació en Salamanca el 22 de abril de 1922. Su vocación por los estudios filológicos fue muy temprana. Sin duda, ayudó a despertarla el ambiente

familiar. Su padre, Emilio Alarcos García, era catedrático de Lengua y Literatura Española. En Valladolid cursó los primeros años de letras. Posteriormente siguió la especialidad de Filología Románica en la Universidad de Madrid. Su maestro en estos años será Dámaso Alonso, con quien realizará la tesis doctoral. En 1943 se licencia con premio extraordinario, lo que le permite trabajar durante un año como becario del Instituto Cervantes. Inmediatamente después aprobó las oposiciones a Cátedra de Instituto. Su primer destino será la ciudad de Avilés, cerca de su querida y familiar Oviedo.

Un hecho decisivo en su trayectoria vital —y en el de la historia de los estudios lingüísticos en España— se produce en 1946, cuando se traslada a Suiza como lector de Español. En la patria de F. de Saussure, más concretamente en las universidades de Berna y Basilea, entra en contacto con las escuelas y los autores más representativos del momento, por aquel entonces prácticamente desconocidos entre nosotros: la Escuela Fonológica de Praga, Trubetzkoy, Jakobson, la glosemática de Hjelmslev, Martinet, etc.

Al año siguiente se doctora en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid y poco después se reincorpora a su labor docente, primero en el instituto de Cabra (Córdoba), luego en el de Logroño. Su destino definitivo lo logrará en 1951 cuando, ganadas las oposiciones para ingresar en la universidad, ocupa la Cátedra de Gramática Histórica de la Lengua Española en la Universidad de Oviedo. Desde ese momento, con la excepción de una estancia disfrutada en Estados Unidos a partir de 1956 (fue profesor visitante entre 1960 y 1961 en las universidades de Wisconsin y Texas), la figura de E. Alarcos estará vinculada a la universidad ovetense. Jubilado oficialmente en septiembre de 1987, todavía continuó su actividad docente como catedrático emérito. De su Facultad de Letras fue decano entre 1963 y 1968. En ella fundó y dirigió la revista *Archivum*, donde apareció buena parte de su producción. Fue director de la Cátedra Feijoo, dedicada a los estudios sobre el siglo XVIII. En esa misma Facultad crea una escuela funcionalista que difundirá la nueva corriente por todas las universidades españolas y de la que, en mayor o menor medida, somos deudores todos los que aceptamos el marco metodológico del estructuralismo europeo.

Esta prolífica actividad parece contrastar con un carácter que se autodefinió como esencialmente, vitalmente, escéptico, incluso con la filología. En realidad, el escepticismo, que nos permite relativizar la importancia de las cosas, es una actitud saludable en todo quehacer que busque la objetividad científica, por lo que no le impidió consagrar toda su vida al estudio filológico, en sus más variadas facetas, hasta horas antes de su muerte (su últimas líneas, una colaboración en un *Homenaje* sobre un tema que le era muy querido, fueron redactadas a las 2:42 horas de la madrugada del infausto 26 de enero, de lo cual dejó como testigo a su ordenador). Tampoco le impedía realizar casi todos los jueves del año un largo y penoso viaje entre Oviedo y la capital del Estado —ida en autobús, regreso por la noche en tren— para asistir a las comisiones de trabajo y a las sesiones plenarias de la R.A.E. Acompañaban a ese es-

cepticismo un carácter generoso, recto e independiente que manifestó en años difíciles, como en el discurso de apertura del año académico 1955-56 en la Universidad de Oviedo, dedicado a la poesía de Blas de Otero, o, en tiempos más recientes, ante los conflictos lingüísticos que periódicamente nos envuelven (defensa de las lenguas minoritarias, defensa del castellano). En las situaciones difíciles —dicen quienes más le trataron— su carácter reservado, proclive al silencio, sabía reaccionar con una sana ironía que traslucía su fino ingenio.

E. Alarcos es conocido entre nosotros especialmente como introductor de las corrientes estructuralistas en España. En este punto, su importancia nunca será suficientemente resaltada. Pese a ello, su trabajo no se redujo a la elucubración teórica. E. Alarcos era, ciertamente, un apasionado del estudio de la lengua, de la facultad del lenguaje. Sin embargo, funcionalista en el pleno sentido de la palabra, consideraba que dicho propósito sólo tiene sentido si se ejerce sobre las lenguas, sobre esos instrumentos que, como él señalaba repetidamente, sirven esencialmente para comunicarnos pero también para malentendernos, para fingir, para ocultar, para embaucar o para odiar. Y para más cosas. En este sentido, E. Alarcos tenía claro —como señaló en 1995 en un ciclo de conferencias sobre “las lenguas de España”, organizado en Sevilla por la Fundación *El Monte*— que “un político lingüístico y un lingüista provienen de mundos ajenos opuestos y no pueden jamás dialogar”. A pesar de que lo suyo era la “lingüística pura” o, mejor, la “lingüística inmanente”, es lo cierto que no dejó de intervenir en la polémica, a veces “con entusiasmo y dedicación parejos a los de la mula aplicada a elevar arreo, bajo el sol impiedoso de la canícula, cangilones y cangilones de agua” (*id.*), invitado en múltiples congresos, celebraciones y ciclos de conferencias (destaquemos aquí la colección de artículos recogidos en *El español, lengua milenaria*, Valladolid, Ámbito, 1982). En este punto, Alarcos siempre mantuvo una posición equilibrada entre la defensa del castellano como lengua común y la defensa de las demás lenguas españolas. Así se define en la solemne fiesta conmemorativa del milenario de la lengua castellana celebrada en San Millán de la Cogolla en noviembre de 1977: “De nación salmantino y de pasión ovetense, soy un español híbrido que no renuncia a ninguno de sus orígenes conocidos: una mitad de catalán, un cuarto de manchego, un ochavo de asturiano y otro de vasco constituyen mi pedigree, en cuyo cuarto de castellano nuevo imagino que habrá alguna onza y aún onzas de converso más o menos judaizante”.

En este marco de convivencia entre lenguas y en el campo preferido de la investigación propiamente lingüística, inmanentista, deben citarse sus estudios sobre distintos aspectos de las diferentes lenguas de España: el léxico, la etimología, la toponimia, la gramática, etc. del catalán (“Sistema fonemático del catalán”, 1953; “Algunas consideraciones sobre la evolución del consonantismo catalán”, 1958; “La constitución del vocalismo catalán”, 1960; “De fonología catalana: la vocal neutra”, 1973; “El sistema verbal del català”, 1976) y del bable (muchos de estos trabajos se recogerán en el tomo II de su *Cajón de sastre asturiano*, 1980: “Sobre el área medie-

val del plural asturiano *-as > -es*”, 1951; “Cartas a Gallardo en dialecto babiano”, 1957; “Remarques sur la métaphonie asturienne”, 1958; “Luggoni Arganticaeni”, 1962; “Sobre la metafonía asturiana y su antigüedad”, 1967; “Elementos vascos en el léxico de las ferrerías asturianas”, 1978, etc., a los que se deben añadir multitud de artículos sobre cuestiones de léxico y toponimia). Sobre el ámbito del gallego podemos mencionar su reciente aportación (“El gallego asturiano”) aparecida en un volumen colectivo editado por M. Alvar (1996).

Una faceta no menos antigua ni importante que la de lingüista la constituye su labor como crítico literario. La escuela filológica en la que se formó —bástenos recordar la figura de Dámaso Alonso— no olvidó nunca el análisis de la obra literaria. En el caso de E. Alarcos, este amor por la literatura era profundamente sentido. Como señala A. Muñoz Molina (*El País*, 27-I-1997): “Sabía explicar la poesía con erudición y entusiasmo, y amaba incondicionalmente la literatura, hecho cada vez menos frecuente entre quienes viven de ella en las Universidades”. En E. Alarcos, la investigación literaria es inseparable de la lingüística. Como en los estudios sobre la lengua, en los literarios E. Alarcos actúa como puente entre la Escuela de Filología, la crítica idealista, de Dámaso Alonso, y las nuevas tendencias, guiado por la convicción de que el hecho literario se debe estudiar con el mismo rigor que intentaba aplicar al lingüístico. Obsérvese la siguiente cita, en la que es palpable la influencia de Saussure o Hjelmslev:

La poesía no consiste en lo que se nos comunica, sino en cómo se nos comunica, en la indisoluble articulación del contenido semántico y la expresión lingüística. Apartemos ésta, y por muy poético que sea su contenido, al quedar inexpressado, desaparecerá la poesía.

Por ello, para intentar la aprehensión del mecanismo de una poesía no queda más camino que el análisis de su forma lingüística (...). Forma es la poesía como todo arte. Sin la forma, que configura y discrimina los contenidos suscitados por la intuición y el sentimiento, no queda nada: un caos incommunicable (y la poesía, se ha dicho, es esencialmente comunicación) (*La poesía de Blas de Otero*, Salamanca, Anaya, 1973², 57-58).

La producción de Alarcos relacionada con la literatura es amplísima y abarca todas las épocas de nuestra historia literaria, la medieval y áurea (las jarchas, Sem Tob, el *Libro de Buen Amor*, Fray Luis de León, etc. Pueden destacarse sus tempranos libros *Investigaciones sobre el Libro de Alexandre*, 1948, y *Poema de Fernán González*, 1955), así como la contemporánea. Sus “Notas a *La Regenta*”, coincidentes con el centenario del nacimiento de Clarín (1952) muestran a las claras el carácter independiente al que ya hemos aludido, en una época tan poco propicia para conmemorar a tal autor, también asturiano de adopción. Del discurso inaugural del año académico 1955-56 en la Universidad de Oviedo también hemos hablado anteriormente. Será la base de un libro posterior, *La poesía de Blas de Otero* (Salamanca, Anaya, 1966), de gran trascendencia en los estudios literarios de la época. Recientemente ha sido reeditado

con el título *Blas de Otero* (Oviedo, Eds. Nobel, 1997), junto con otros escritos sobre el mismo poeta (y la curiosidad de un apéndice en el que se recoge el furibundo ataque de que fue objeto por parte de un catedrático de literatura de la misma ciudad con motivo de un recital que el poeta dio, invitado por Alarcos, poco después, en marzo de 1956). Suponemos que este hecho tendría alguna relación con su marcha a Estados Unidos por esas fechas.

La lista de autores y obras analizadas por E. Alarcos es amplia y da cumplida cuenta de sus gustos literarios: Unamuno, Dámaso Alonso, Pío Baroja, Miguel Delibes, Jorge Guillen, F. García Pavón, *Tiempo de Silencio*, etc. Buena parte de esta producción está recogida en *Ensayos y estudios literarios* (Madrid, Eds. Júcar, 1976), así como en *Anatomía de La lucha por la vida* (Madrid, Castalia, 1982), obra a la que da título el discurso que leyó con motivo de su ingreso en la R. A. E. (25-XI-1973). Otro asturiano, esta vez de nacimiento, por el que sintió gran admiración es Ángel González, al que dedicó el libro *Ángel González, poeta (Variaciones críticas)*, Universidad de Oviedo, 1969, recientemente reeditado, junto con otros escritos sobre el poeta amigo (*La poesía de Ángel González*, Oviedo, Eds. Nobel, 1996).

La labor esencial de Alarcos es —no hace falta decirlo— la de lingüista. Hoy en día, cuando estamos acostumbrados a oír y leer críticas en contra del estructuralismo y de las gramáticas formales en general, no se suele juzgar con imparcialidad el alcance de su empresa. Hace falta situarse en los años cincuenta para aquilatar la importancia de su aportación a los estudios sobre el español. Con Alarcos la lingüística moderna llega a España, sin que ello suponga el olvido de un legado anterior, representado por la Escuela de Filología y del que también forma parte un grupo de grandes gramáticos llamados —a veces despectivamente— tradicionales, que Alarcos no desprecia. Pero Alarcos no sólo es el introductor y principal cultivador del estructuralismo en España, papel que sólo de por sí le otorgaría un lugar preeminente entre los lingüistas de la segunda mitad del siglo (cincuenta años de trabajo ininterrumpidos son su legado), sino que además es el único creador de una verdadera escuela, cuyos discípulos, directos o indirectos, se extienden por todas las facultades de nuestro país (la denominada *Escuela de Oviedo*). Muchos de ellos, como buenos discípulos, no se limitan a la mera reiteración de lo dicho por el maestro sino que desarrollan con personalidad propia y originalidad la herencia común.

Como sucedía con las facetas hasta ahora comentadas, la labor de Alarcos en este ámbito es también muy variada: los estudios sincrónicos alternan con los diacrónicos, los fonológicos con los propiamente gramaticales, los de carácter general con los específicos de la filología hispánica.

Algunos de los estudios sobre literatura medieval más arriba mencionados cabe situarlos entre su producción en el área de Gramática Histórica del Español, la que, a efectos administrativos, ocupaba como catedrático. La labor de Ménendez Pidal es continuada igualmente con trabajos como “Alternancia de F y H en los arabismos”

(1951), "Resultados de G^{ci} en la Península" (1954), "Historia y estructura de los sistemas vocálicos hispánicos" (1961), "Efectos de la Yod sobre la vocal tónica en español" (1965), etc. Alarcos también es el modernizador de los estudios diacrónicos en español, a los que aplica el método estructural funcionalista ("Esbozo de una fonología diacrónica del español", 1951). De este modo, la fonología diacrónica ocupará un lugar relevante en las sucesivas ediciones de su *Fonología española*.

La investigación fonológica —uno de los pilares del estructuralismo— constituye, sin duda, una de las grandes preocupaciones de E. Alarcos. Su *Fonología española*, cuya primera edición es de 1950, durante decenios constituyó el manual por excelencia en el que se formaron generaciones de filólogos. A ella antecedieron como germen y siguieron abundantes colaboraciones de diversa índole: "El sistema fonológico del español" (1949), "Fonología y fonética (a propósito de las vocales andaluzas)" (1958), "Problèmes de phonologie române" (1959), "Semivocales y semiconsonantes españolas" (1959), "Historia y estructura de los sistemas vocálicos hispánicos" (1961), "Algunas cuestiones fonológicas del español de hoy" (1964), etc.

Pero quizás sea aún mayor la importancia de su producción propiamente gramatical, pues con ella contribuye a desarrollar una área —como recuerda Coseriu— muy desatendida por los estructuralistas: la sintaxis. Si con su *Fonología* se introduce en España el método de la Escuela de Praga, su *Gramática Estructural (Según la Escuela de Copenhague y con especial atención a la lengua española)* (1951) supone la aclimatación de la glosemática hjelmsleviana. Alarcos, sin embargo, hizo con el español lo que el ilustre lingüista danés no logró: la elaboración de una auténtica gramática estructural, la gramática de una lengua particular. Alarcos —se ha señalado— realiza la gramática que Hjelmslev habría elaborado de haber aplicado su metodología al estudio de una lengua particular. Esa labor no debemos circunscribirla a la obra que acabamos de mencionar, sino que es resultado del trabajo de muchos años, cuyos frutos fueron apareciendo sin interrupción hasta el momento mismo de su muerte. Su *Gramática Funcional del Español*, tantas veces anunciada, nunca vio la luz en forma de libro, pero se encuentra dispersa en la multitud de trabajos que irá engrosando las sucesivas ediciones de sus *Estudios de gramática funcional del español* (cuya primera edición es de 1970, siempre en la editorial Gredos, como las obras anteriormente mencionadas): "Perfecto simple y compuesto" (1947); "Sobre la estructura del verbo español" (1949), donde es palpable ya la influencia de Hjelmslev, Karcevsky, Jakobson o Guillaume; "Las diátesis en español" (1951); "*Cantaría*: modo, tiempo y aspecto" (1961); "*¡Lo fuertes que eran!*" (1962); "Español *que*" (1963); "Pasividad y atribución en español", que apareció en el *Homenaje al profesor Alarcos García* en 1966; "El artículo en español" (1967); "Verbo transitivo, verbo intransitivo y estructura del predicado" (1968); "Valores de /se/ en español" (1969); "Aditamento, adverbio y cuestiones conexas" (1970); "Términos adyacentes del infinitivo" (1972); "Grupos nominales con /de/ en español" (1972); "Otra vez sobre el sistema verbal español" (1975); "Los demostrativos en español" (1976) y algunos más. Hace no mucho

anunciaba entre sus proyectos futuros refundir sus *Estudios*, en colaboración con su esposa Josefina García, para incorporar los trabajos posteriores. Esperemos que esa *Suma de estudios funcionales de gramática española* pueda ver pronto la luz.

En sus *Estudios* encontramos una verdadera gramática del español. Hay una metodología de fondo que unifica todos los trabajos. Se ha señalado que una de las características del funcionalismo alarquiano es la ausencia de una obra de referencia en la que de manera explícita se exponga el cuerpo doctrinal de la escuela. Ello es cierto, y no por desprecio de Alarcos a las cuestiones de tipo teórico y metodológico (“Metodología estructural y funcional en lingüística”, 1977; “Unités distinctives et unités distinctes”, 1978, donde formula su concepto de tercera articulación) sino porque su funcionalismo se ha ido forjando en la práctica de sus numerosos trabajos, ha hecho camino al andar.

En nuestra opinión, no es cierto que Alarcos realice la obra que Hjelmslev había dejado pendiente. Si Alarcos logra tan brillantes resultados en su investigación sobre el español es porque supera las insuficiencias de la glosemática. La gramática de Alarcos no es una glosemática sino un funcionalismo ecléctico —tantas veces reconocido— en el que cabe lo mejor del estructuralismo europeo postsaussureano. Como señala en su “Metodología estructural y funcional en lingüística” (*REL*, VII/2, 2):

Con criterio ecléctico, por adhesión o por rechazo, prefiero tomar de unas y otras posiciones aquello que me convenga para esbozar lo que entiendo y pretendo practicar como método estructural y funcional. Se dirá que el eclecticismo, que tiende a ser conciliador de diversos y aun de opuestos, no es buena actitud científica. Pero, poco dogmático, creo que sin rigidez se puede aprehender mejor lo que es la lengua (...). Eclecticismo, sin embargo, no significa inconsecuencia.

En concreto, las principales fuentes de este funcionalismo español son tres. En primer lugar, evidentemente, la lingüística estructural de orientación saussureana tomada principalmente de L. Hjelmslev, R. Jakobson y A. Martinet. En segundo lugar, la sintaxis estructural de L. Tesnière. Finalmente, la gramática tradicional de A. Bello, R. Lenz y otros (entre ellos nuestros gramáticos clásicos, especialmente Gonzalo Co-reas).

Aunque en sus *Estudios* hay una auténtica gramática del español, es lo cierto que Alarcos manifestó especial preferencia por algunos temas: el verbo, la diátesis, la estructura del predicado (y sus adyacentes: el atributo oracional, el suplemento...), sobre los que volverá constantemente (ya señalamos que la muerte le interrumpió trabajando otra vez sobre la pasiva y la atribución). En ellos se comprueba la fidelidad mantenida a lo largo de tantos años hacia postulados que en su momento llamaron la atención con la consiguiente controversia: el carácter sustancial de la pasiva, el morfemático del artículo, etc. Esta persistencia o fidelidad a sus antiguas propuestas es resultado de la coherencia en la aplicación de un método y no de incapacidad para re-

conocer el error, es resultado de formular sólo lo que se ha analizado en profundidad. Es cierto que es de sabios rectificar (y así hizo él cuando fue necesario, como en su revisión del sistema verbal) pero esa muestra de sabiduría no se debe confundir con la imprudencia del que tiene que modificar opiniones lanzadas sin previa reflexión y sin estar suficientemente contrastadas con la realidad de los hechos, actitud ésta no desconocida entre los lingüistas.

Su eclecticismo no supone falta de coherencia, como hemos visto, sino que es, más bien, manifestación de un carácter antidogmático, receloso del excesivo normativismo. Alarcos era sabedor de que el único dueño del idioma son sus hablantes y de que es consustancial a las lenguas el cambio. El exceso de normativismo — recuerda— “puede producir una secuela funesta: la de inmovilizar y sujetar la lengua como si fuera una lengua muerta”. Por ello desconfía de la eficacia de las disposiciones oficiales sobre el idioma (“¿Quién sabe lo que triunfará el día de mañana?”). Con estos antecedentes, puede parecer contradictorio que la Academia le encargara la redacción de la Gramática normativa que habría de sustituir al *Esbozo*. El resultado no pudo tener, sin embargo, mayor éxito, como ponen de manifiesto los miles de ejemplares vendidos de su *Gramática de la Lengua Española* (1994) y los cursos monográficos a que dio lugar en las dos orillas del Atlántico (como en Universidad de la República, Montevideo, junio de 1995, y en la Universidad de Salamanca, julio de 1995. El primero apareció publicado el mismo año por A. Pedretti, el segundo en los números 60 y 61 de *Español Actual*). En esta obra logra lo que considera “un combinado difícil: ser nuevo sin estridencias y tradicional sin sobrecargas ni lastres” —dice en la respuesta a las distintas ponencias presentadas en la Universidad de Salamanca. Se trata de la gramática normativa de nuestro tiempo, “sin excesivo celo corrector”, en la que hay un atenuado normativismo (“las normas generalmente aceptadas por la lengua culta, sin condenar usos muy frecuentes tildados de incorrectos”, *id.*).

Con esta obra Alarcos salta a los medios de comunicación como no lo había hecho otro gramático. En sus últimos años, su actividad no cesa (dirige importantes seminarios, es invitado a congresos, acude asiduamente a la Academia). Hasta el último momento de su vida trabajó quien no desaparece del todo porque perdura en su ingente obra un hombre recto que, como buen castellano, llamó al pan “pan” y al vino “vino”.